

Capítulo 3

De Chuquiago a Zona Sur. Múltiples dimensiones de un cambio vertiginoso

*Hugo José Suárez**

CHUQUIAGO. PUERTO DE PARTIDA

En 1977 el director Antonio Eguino, con el equipo de Ukamau, presenta una de las películas fundamentales del cine boliviano: Chuquiago. El filme, además de su calidad estética, se caracteriza por mostrar la conformación social de los años setenta en la ciudad de La Paz. Se trata de un documento parasociológico, o un avance de lo que años más tarde se catalogaría como sociología visual.

La intención de Eguino es dibujar los distintos estratos sociales paceños, las diferentes maneras de vivir y apropiarse de la ciudad. Para ello se concentra en cuatro personajes: Isico, un niño hijo de una pareja aymara la cual migra a la ciudad y lo deja en manos de una vendedora. Johnny, joven de origen popular que reniega

* Doctor en Sociología por la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Investigador Titular B del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en el área Actores y procesos sociales. Sistema Nacional de Investigadores nivel III. Temas de investigación: sociología de la religión, análisis del discurso y metodología cualitativa, sociología visual, cultura y política en Bolivia.

de sus padres, un albañil y una chola, y que tiene aspiraciones de ascenso, incluso toma clases de inglés, aspira a tener una novia de clase media, usa el pelo largo, viste pantalón campana a cuadros, chamarra, camisa abierta, usa crema para la piel y no quiere hablar en aymara con sus padres ni comer chuño. Carlos, funcionario público de clase media, padre de familia con varios hijos, que mantiene con las dificultades de un salario modesto pero sostenido que, entre otras cosas, es generosamente derrochado en los “viernes de soltero”, lo que le provoca profundos conflictos con su esposa. Patricia, linda universitaria de clase alta, hija de padre empresario, que pasa los días entre el club de tenis y su piscina privada pero que, a la vez, estudia ciencias sociales en la universidad pública. Tiene auto propio y vive en el sur de la ciudad, pero su contacto con los universitarios le crea contradicciones: tiene un afiche del Che Guevara en la pared de su cuarto, discute con su mamá sobre los problemas políticos, y frente a sus argumentos la madre le dice que su “lenguaje no es propio de una muchacha culta y de buena familia”. A pesar de todo, luego de que su amante militante de izquierda es exiliado, termina casada con el empresario amigo del padre.

El marco teórico que está detrás del filme dibuja una sociedad de clases puras, prácticamente impenetrables y desconectadas, sin lugares de interacción, salvo los tímidos y esporádicos encuentros en el espacio público, particularmente en la calle y en el transporte. El director no se ocupa explícitamente del contexto histórico o político, más bien se concentra en la vida cotidiana de individuos y su manera de ver el mundo. Es a través de ellos que se observa lo que pasa en la nación. Ahora bien, se trata de personajes prisioneros de su propia posición y condición de clase que casi no tocan las fronteras sociales. Para cada uno —y para cada clase— se acentúan las tensiones propias de su entorno. Isico tiene que lidiar con la sobrevivencia urbana y laboral y la dura experiencia de la migración infantil. Johnny está atrapado en el laberinto de la identidad no resuelta, con la clara intención de romper con su origen cultural, pero rebotando constantemente contra la muralla social que no le permite ninguna transformación. Para Carlos, la tensión es familiar: asumir el papel de buen padre o vivir su masculinidad privilegiando el ámbito laboral, en un contexto de economía frágil. Para Patricia

la discusión más bien es ideológica, que confronta su inercia de clase con lo que puede aprender en el ámbito universitario.

Los cuatro desfases son característicos de una sociedad profundamente fragmentada, con poco intercambio y posibilidades de movilidad; de hecho, se presenta un fatalismo transversal: ningún personaje logra cambiar su situación, todas son utopías truncas por múltiples razones. Sin embargo, llama la atención que, en los distintos ámbitos —salvo en el caso de Isico— las dos constantes son la familia y la fiesta. Es en la mesa familiar, parecería decirnos el director, donde se discuten las diferencias de los miembros de un hogar, y es en la fiesta donde se los diluye, esconde o resuelve. Familia y fiesta, cada una con sus características propias, serían la columna vertebral de la socialidad en cada clase, pero ni en la una ni en la otra se permiten intercambios, las barreras son lo suficientemente sólidas como para no permitir fugas. Esta estructura social es la que se modificará en las próximas décadas.

La película esboza lo que las ciencias sociales de la época estaban reflexionando en otro soporte. El estudio ya clásico de Xavier Albó, Tomás Greaves y Godofredo Sandoval, “Chukiyawu. La cara aymara de La Paz” (1981, 1982, 1983, 1987) —que entre otras cosas evoca al filme y retoma imágenes suyas para su portada— plantea con claridad que la ciudad “tiene dos rostros y dos corazones: uno notorio, La Paz, que es el corazón de la vida del país. Otro oculto pero presente, Chukiyawu, que es el corazón del mundo aymara [...]. No son dos ciudades paralelas, sino dos caras de una misma realidad dialéctica. La Paz quisiera borrar a Chukiyawu del mapa, pero vive de su trabajo. Y Chukiyawu sigue alimentando con miles de llegados del altiplano —los ‘residentes’— que necesitan a La Paz” (Albó, Greaves, Sandoval, 1981).

Con esta tesis analítica, el texto detalla la experiencia migrante en la ciudad, los vínculos entre lo rural y lo urbano, las dificultades de la asimilación, las estrategias de sobrevivencia, la incorporación al mundo laboral; en suma, la experiencia de ser el puente entre culturas y clases sociales que conlleva una “ambigua situación cultural” y la construcción de una doble identidad compleja: “por su origen rural aymara y su nueva experiencia urbana, el residente se siente cabalgando entre dos mundos, con un pie en la cultura aymara y

otro en la cultura urbana de corte más universal” (Albó, Greaves, Sandoval, 1983: 3).

Ciertamente, los datos de esa investigación ponían a la luz el tema de la migración en una ciudad con rasgos urbanos que había vivido una serie de mutaciones en las décadas pasadas. Si a principios del siglo xx la ciudad tenía 60 031 habitantes, en 1950 llegaba a 300 000 y en 1976 a más de 600 000 habitantes (Cuadros, 2002: 136-194; Blanco y Sandoval, 1993: 51). La infraestructura material también tuvo cambios. Si la Revolución intentó dejar su sello con construcciones como la Plaza Villarroel y el Monumento a la Revolución, el Hospital Obrero, la Facultad de Medicina, etcétera, en los años de la dictadura más bien se favorecía a las iniciativas privadas para la construcción descomunal de edificios. Así, la “masa edificada” crece de 236 en 1902 a 2 430 en 1956 y 3 814 en 1975 (Blanco y Sandoval, 1993: 54). La vivienda urbana se convierte en un nuevo negocio y se impulsa la cultura del departamento como lugar de vida. Se trata de crear un nuevo deudor clasemediero que aspire a tener su casa propia y que sea capaz de pagar una cuota sostenida por décadas. La ciudad tiene entonces varios núcleos de vivienda: las laderas y lo que luego se convertiría en El Alto, que es el gran receptor de la migración rural; Sopocachi, Miraflores y el centro, que comienzan un tránsito para ser residencias de la clase media, iniciativas de viviendas unifamiliares y multifamiliares como San Miguel, Bologna, Los Pinos en el sur (Cuadros, 2002: 172). Y claro, los barrios de la clase alta en Calacoto y su expansión paulatina hacia el sur. Tampoco hay que olvidar que es precisamente en 1976 cuando se diseña el Plan de Desarrollo Urbano Integral, que llevan a cabo consultoras extranjeras que exploran desde las condiciones geológicas de habitación hasta una proyección a largo plazo.

Pero volvamos a Chuquiago. Volví a ver la película en 2014, por Youtube, sentado en la Biblioteca Pública de Nueva York meses después de haber escuchado una conferencia de Evo Morales en las Naciones Unidas. Mientras la veía, recordaba los años setenta y mi infancia en la ciudad, veía a mi padre dando clases en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), rememoraba las conversaciones políticas de los almuerzos. Me vi en uno de los pocos automóviles (básicamente de la marca Volkswagen, como el que teníamos en

casa), en las escasas líneas de micro, en los mercados, en las calles llenas de historia. Y cuando repasaba la memoria y escribía las páginas de este libro, me preguntaba cómo se dibuja la ciudad cuatro décadas más tarde, cuáles fueron los cambios, cuál su magnitud. ¿A dónde fueron a dar Isico, Johnny, Carlos y Patricia? Dicho de otro modo: ¿qué quedó de aquella ciudad? Es parte de lo que se verá en lo que sigue.

DEL CENTRO AL SUR. UNA NUEVA SOCIOGEOGRAFÍA URBANA

En un paso por esta región a mediados de los años sesenta, el escritor peruano José María Arguedas describió a “la sonriente y épica ciudad”: “Ella, su luz inolvidable, sus dulces árboles, las torres dentadas murallas de greda que la circulan, calman e iluminan el alma del viajero”. Pero también habló de su habitante, que es quien ha “convertido el caótico suelo, un campo atormentado que se afirma fue el cráter de un volcán, en una bella residencia, en una ciudad cuya hermosura es fruto del poder humano para aplacar a la naturaleza y convertir sus lados aun feraces en canto eglógico [...]. El paceño que convierte en risueños barrios las oquedades y barrancos del suelo sobre el cual extiende cada vez más su morada; el ciudadano de La Paz que construye edificios y avenidas en ese campo que era inclemente y rebelde, casi inconcebible para la gran ciudad [...]” (Arguedas, 2008: 6).

Lo que se desprende de la reflexión de Arguedas es una impronta que acompañó al ciudadano de esta región desde siempre: vivir entre ríos y cerros, y una ineludible tarea de “colonizar” la naturaleza si quiere quedarse y sobrevivir ahí. Ya tempranamente en la discusión respecto de la fundación de La Paz o la opción por Laja, las Actas Capitulares de 1548 a 1562 muestran sus inconveniencias geográficas: “[...] si obiese de poner aquí otros muchos defectos que este sitio tiene, sería nunca acabar...” (sic) (citado por Villagómez, 2004: 193). Y claro, lo que empíricamente se observaba en el siglo XVI, el estudio técnico de los setenta lo corroboraba: sólo el 5% del suelo paceño es apto para urbanizaciones, las demás son consideradas áreas de riesgo de distintas dimensiones (Villagómez Paredes, 2004: 193).

Es cierto. Los que vivimos aquí aprendimos rápidamente las nociones de arriba o abajo, subir o bajar. Escalamos montañas para buscar privacidad y vista. Supimos que manejar bicicleta de bajada es más fácil que hacerlo de subida, que si jugábamos fútbol, era mejor estar en el lado de arriba. Aprendimos a trepar cerros como cabras, a apreciar sus diferentes colores y texturas y a adorar al Illimani; a ubicarnos no con los puntos cardinales sino en relación con los nevados; a ver salir la luna como un queso o la luz del sol que desciende de los cerros. Supimos que no es un error “subir arriba” porque “arriba” es un lugar (el centro), y que es posible “bajar abajo” porque “abajo” es Calacoto. Pero también aprendimos a huir cuando viene la riada, a temerle a la lluvia, a distinguir cuál es una “zona negra” y cuál es segura, cuándo está bajando el agua, cuándo hay granizo o cuando sólo va a “chilchar”. Así, no es casual que parte de los nombres de los barrios vengan del aymara y evoquen condiciones naturales: Calacoto, montón de piedras; Achumani, lugar donde hay mucha agua; Cota Cota, lagunas; Hyayñajahuirá, río seco (Cuadros, 2002: 217).

Se podría hacer un recuento de la historia de la ciudad poniendo atención a su relación con la naturaleza, con los cinco ríos principales, los 200 ríos y riachuelos secundarios y las diversas montañas. En cada periodo, desde su fundación hasta el siglo XXI, la necesidad de construcción, de transporte, de vivienda tuvo que tomar en cuenta la calidad del suelo, la importancia de los ríos. Habitar un lugar con cinco cuencas amables en tiempos secos y furibundos en las lluvias, implicó construir muchos resistentes muros de contención. Más de una vez el cálculo fue equivocado, y el agua se llevó casas y personas. Todo dependió de los materiales y la tecnología, del uso del cemento y el acero para edificar puentes, de la calidad de la ingeniería para elaborar bloques que soporten torrentes y mazamoras. Y así hasta llegar a los grandes edificios, o los puentes aéreos y el teleférico que cierran el ciclo de la comunicación y el transporte.

El proceso de construir una ciudad en un lugar tan accidentado implicó una expansión paulatina en múltiples direcciones y en distintos momentos de acuerdo con las exigencias puntuales. A finales de los años setenta, varios autores coincidían en que la ciudad tenía tres centros urbanos: el tradicional criollo, alrededor de la Plaza Murillo y las instancias de gobierno; el nuevo cosmopolita, por la Avenida

Arce y Sopocachi con ministerios y embajadas, y el “indio”, por la calle Tumusla y Buenos Aires (Calderón, citado en Albó, Greaves y Sandoval, 1981:87). Pero ese esquema prácticamente unipolar a pesar de sus tres rostros, empezó a transformarse de manera radical hasta que, en unas décadas, la ciudad se convirtió en un espacio urbano multiterritorial. Si bien la explosión fue en distintas direcciones, quiero concentrarme en lo sucedido en el sur.

Me explico. Cuando era niño, a mediados de los años setenta, mi desplazamiento urbano básicamente giraba alrededor de tres lugares: mi casa y mi colegio en el sur (San Miguel); la casa de mis abuelos paternos en Miraflores (casi en la Plaza Villaruel); el departamento de mi abuela materna (Sopocachi) y lugares de diversión como El Prado. El triángulo estaba conectado por tres únicas rutas: del centro al sur una sola avenida que iba cambiando de nombres: Avenida 6 de Agosto en Sopocachi, Avenida del Libertador; Avenida Hernando Siles en Obrajes; Avenida Roma en Següencoma; Avenida Ballivián en Calacoto. De casa de mis abuelos (Miraflores) otra ruta que se incorporaba a la principal: Avenida Busch, Avenida Saavedra, hasta llegar a Avenida del Libertador. Entre Sopocachi y Miraflores solíamos tomar una única avenida, la del Ejército. Alguna vez, poco antes de la Curva de Olguín, ocurrió un derrumbe severo sobre la Avenida del Libertador. No era el montón de piedras que estábamos acostumbrados a esquivar cuando llovía, sino que la avenida en sus tres carriles había quedado cubierta. Poco sé qué haya sucedido en el funcionamiento operativo de la ciudad, pero sí guardo el recuerdo de que mi padre no pudo ir a trabajar, no pudimos visitar a ninguno de mis abuelos ni ir al cine hasta que, días después, los tractores municipales limpiaron y rehabilitaron el tránsito.

En los años setenta, Obrajes, Calacoto y el sur eran un satélite básicamente con una vía de comunicación que, más que una avenida urbana, parecía una carretera interprovincial, pues la parte que une San Jorge con la Curva de Olguín estaba pegada al cerro. Pasar por ahí era como estar de viaje y disfrutar del paisaje, grutas, cambio de temperatura y hasta de altura, lo que repercutía en que los oídos se tapasen con facilidad. La experiencia de trasladarse al sur —o de vivir allí— implicaba un cambio radical, y sólo había una manera de llegar a él. Por supuesto nadie preguntaba cuál sería el mejor camino, no

había opción de elegir rutas alternas. Por el poco tráfico, el tiempo invertido en el desplazamiento solía ser entre veinte a treinta minutos.

En esos años, Calacoto todavía guardaba el eco de la intención oligárquica de su fundación. Hay que recordar un revelador texto anónimo —pero que se presume de la autoría de Emilio Villanueva—, aparecido en la Revista de Bolivia de 1937. Cuenta que desde inicios del siglo xx se planeaba “una magnífica villa residencial”, proyecto al que se plegaron “propietarios de las clases más distinguidas de la sociedad paceña”. Se buscaba una “nueva ciudadela” con “avenidas arborizadas, mercado, salas de cine, canchas de deportes, hipódromo, hotel que ha de procurarse lleve adelante alguna empresa”. El “tan progresista plan” de fundar esta “obra de bien” —se materializó años más tarde—, trajo consigo la necesidad de nombrar la iniciativa; las posibilidades eran: Juliápolis, Heliópolis, Intimarca, Villa Patiño o Calacoto (uno de sus principales impulsores era Julio C. Patiño). Curioso párrafo:

La fundación de la nueva ciudad [se refiere a Calacoto] estará sujeta a un rito especial, y por esta vez no será la primera piedra que se coloque como símbolo de su erección, sino que se plantará un cedro de Himalaya, robusto y elegante, que representará la vida que se interna en sus raíces en la profundidad de la tierra y su follaje que elevándose al cielo busca el contacto como el ideal de progreso y de superación (Citado en Bedregal Villanueva, 2009: 140-142).

Elegancia, robustez, progreso y superación. Cuatro claves para entender el proyecto urbano de esos años con evidente sello de clase. Pero como decía, la intención elitista en el sur empieza a transformarse con incrustaciones de barrios clasemedios (como San Miguel y Los Pinos) y su aislamiento va dando paso paulatino a una intercomunicación radical.

Primero son las vías de comunicación. En 1982 se inauguran la Avenida del Poeta, que evitaba el paso por Sopocachi para dirigirse al sur, y la Avenida de los Leones, que vinculaba Miraflores con Obrajes. En 1987 la Avenida Kantutani permite ir de Sopocachi a Obrajes por otro frente —con un paisaje nuevo—, y entre 1988 y 1994 la Avenida Costanera, ampliada en distintas etapas, abre una

comunicación directa desde Cota-Cota hasta Sopocachi. La era de los puentes empieza con el Puente de las Américas entre Miraflores y Sopocachi en 1993, y los Puentes Trillizos en 2010. Ya en el pleno siglo XXI con los varios caminos barriales, tenemos una ciudad intercomunicada por múltiples canales.

Si en 1995 había 150 líneas de minibus, en 2009 eran 253; de 31 líneas de Trufi¹ se pasó a 82 en el mismo periodo (Gobierno Municipal de La Paz, 2010: 379). Las dos últimas iniciativas urbanas —el teleférico y el Puma Katari—, inauguradas en 2014, terminan de consolidar la nueva estructura de comunicación urbana. La ciudad multiterritorial tiene un desplazamiento complejo y lo que antes era el sur ahora es otro centro.

En este tiempo, si volviera a ocurrir el mismo derrumbe que en los años setenta inmovilizó a mi padre y su posibilidad de visitar a mis abuelos en Miraflores o ir a trabajar al centro, el dilema sería cuál nueva ruta elegir.

LOS ROSTROS DE UN CAMBIO: “EL SALTO A LA MODERNIDAD”

Una desafortunada declaración del diputado Jorge Medina del Movimiento al Socialismo (MAS), celebraba los nueve años de la gestión de Evo Morales diciendo que gracias a su gobierno habíamos dado “un salto a la modernidad y la industrialización”.² Extraño ajuste discursivo donde la retórica conservadora de la élite neoliberal ahora es retomada por un indígena modernizador. Pero lo que estaba en el fondo, dicho en un lenguaje intelectualmente poco pulido, era la intención de sacar brillo a los logros económicos de la gestión masista. Y en ese sentido tenía muchas razones para sentirse satisfecho. La transformación en el ámbito económico, cultural y social era notable. El mismo diputado que tomaba la palabra para celebrar el Día del Estado Plurinacional en un ambiente preelectoral, subrayaba la nacionalización e industrialización de empresas estratégicas como

¹ Transporte Urbano de Ruta Fija.

² “Morales iniciará noveno año de Gobierno tras salto a la modernidad y la industrialización”, Página Siete. Disponible en: <www.paginasiete.bo>, 21 de enero de 2014. Fecha de consulta: 28 de agosto de 2014.

YPFB y ENTEL, el lanzamiento del satélite Túpac Katari, el teleférico en La Paz, la energía eólica en Cochabamba.³

Desde el otro lado económico, social, político, ideológico y hasta territorial, el presidente de la Federación de Empresarios Privados de Santa Cruz afirmaba que “hay un mayor consumo, lo demuestran los casi 400 millones de dólares en movimiento de los restaurantes. También avanzó el consumo de productos importados, como vehículos, teléfonos celulares y productos de la línea blanca”. El presidente de la Cámara Nacional de Comercio destacaba la creación de nuevas empresas. La Cámara Automotor Boliviana veía con entusiasmo que entre el 2006 y el 2013 —periodo de Evo— el mercado automotor hubiera crecido 125%.⁴ Así, ese año, la importadora de vehículos Ovando S.A. abría un nuevo salón Mercedes Benz en la Avenida Ballivián de Calacoto y se ufanaba de cómo en los últimos años este vehículo de lujo “se ha posicionado con firmeza y expandido; cautivando al segmento más joven del mercado con la presentación de los compactos de nueva generación, como la Nueva Clase A, Clase B y CLA, y la renovación de la marca con una propuesta agresiva de diseño y estética”.⁵ Los rasgos de la “nueva clase” también se podían ver en el significativo crecimiento de las importaciones en el departamento de La Paz entre 2000 y 2008: los “productos de perfumería, cosméticos o preparados de tocador (excepto jabones)” crecieron de 9 228 a 18 957; las “perlas, piedras preciosas y semipreciosas, en bruto o labradas”, de 1 a 171; las “joyas y objetos de orfebrería y platería y otros artículos de materiales preciosos o semipreciosos”, de 2 092 a 4 360; las “obras de arte, piezas de colección y antigüedades” de 148 a 2 460 (Gobierno Municipal de La Paz, 2010: 210-221).

Como nunca antes había sucedido en la historia del país, en diciembre de 2013 el gobierno decretó un doble aguinaldo, figura inédita que incluía no sólo a asalariados de fábricas, empresas e instituciones públicas, sino también a sectores como las empleadas

³ *Ibidem.*

⁴ Ivone Juárez. “La clase media gasta más en autos, tecnología y viajes”, en Página Siete. Disponible en: <www.paginasiete.bo>. Fecha de consulta: 19 de enero de 2014.

⁵ En Página Siete. Disponible en: <www.paginasiete.bo>. Fecha de consulta: 20 de abril de 2014.

domésticas. Al año siguiente, el incremento salarial pactado entre el gobierno y la Central Obrera Boliviana (COB) fue de 10% al haber básico de educación y salud y de 20% al salario mínimo nacional. El salario mínimo pasó de 500 bolivianos en 2006, a 1 200 bs. en 2013 y 1 440 bs. 2014. En menos de diez años de gobierno creció casi 300%.

Otra manera de percibir el éxito de la economía en la población la tenemos si focalizamos la atención en la retirada de las iniciativas asistencialistas que habían jugado un importante papel en los más intensos años del neoliberalismo. Basta detenerse en la Campaña Navideña por la sonrisa de un niño, promovida e impulsada desde el Grupo FIDES con el padre Eduardo Pérez y Jorge Torrico. Esta iniciativa se puso en marcha en 1990 en el auditorio de la Radio Fides con la colaboración de cinco personas y 15 periodistas; se entregaron 120 juguetes. Al año siguiente fueron 15 voluntarios y 500 juguetes. Para 1992 el evento se llevó a cabo en el Cine Monje Campero, donde se proyectó una película de niños y se repartieron 10 000 juguetes. Y la bola de nieve creció. Luego fue el Coliseo Cerrado Julio Borelli Viteritto, más adelante el estadio Hernando Siles, en 1999 fueron ambos lugares con cientos de voluntarios y más de 51 000 juguetes. En su mejor momento, la campaña contaba con cientos de jóvenes que recolectaban dinero en las calles —los llamados Carros de Fuego— y se repartían hasta 60 000 juguetes en tres ciudades (La Paz, El Alto y Viacha).⁶ Con similar formato y entusiasmo, el sacerdote Sebastián Obermaier creó la Fundación Cuerpo de Cristo en 1999 y desde entonces realizó anualmente la “Campaña por la sonrisa de un niño alteño”.

Pero ambos mecanismos de provocar sonrisas con mercancías tocaron techo en una sociedad ahora acostumbrada a bonos estatales y hasta doble aguinaldo: el año 2012, la vigesimocuarta versión de la campaña Carros de Fuego pretendía regalar 50 000 juguetes, pero sólo llegaron 32 000 niños, por tanto, para no guardar los obsequios para el próximo año, entregaron dos a cada uno.⁷ Al año siguiente, los

⁶ Disponible en: <www.boliviaeventos.com/docpdf/historiacarrosdefuego.pdf>. Fecha de consulta: 13 de mayo de 2014.

⁷ En *La Razón*, 24 de diciembre de 2012. Disponible en: <www.la-razon.com>. Fecha de consulta: 12 de mayo de 2014.

400 voluntarios —lo único que no decreció— sólo lograron recaudar 400 000 bolivianos, menos de la mitad de los 831 000 bolivianos estimados. Por día se recolectó en promedio sólo 7 000 bolivianos, 3 000 menos que la anterior edición; si antes se compraron 50 000 juguetes, ahora sólo se llegó a 35 000, repartidos sólo en dos centros.⁸

En 2014, al celebrar 25 años del inicio de la campaña “Por la sonrisa de un niño”, con pertinencia jesuita el padre Eduardo Pérez dio por finalizada la participación del Grupo Fides en la misma: “creo que el modelo se acabó”.⁹ El dinamismo económico urbano se deja ver desde distintos lugares y conlleva varias dimensiones. Estamos lejos del “sí señor, bueno señor”, que fueron las primeras palabras que una comerciante popular enseñó a Isico, niño migrante aymara en la película de Antonio Eguino, y lejos también de la expresión “todo me parecía otro mundo”, que recoge el estudio de Albó de uno de sus entrevistados, que narran sobre su sentimiento al llegar a La Paz (Albó, Greaves, Sandoval, 1981: 124). Ya varios estudios han dado cuenta de las dinámicas de lo popular urbano en la economía (Toranzo, 1993; Tassi, Medeiros, Rodríguez, Ferrufino, 2013); el trabajo (Barragán, 2009); los medios y el poder (Archondo, 1991; Mayorga 1991). El “salto a la modernidad”, o lo que de ello se entienda, ha significado una brutal reconfiguración económica, social y cultural de la sociedad paceña. Los procesos de imbricación social, el intercambio y reacomodo, han generado nuevas dinámicas cuyos resultados serán apreciables con mayor claridad en los años siguientes.

LA TRANSFORMACIÓN DEL GUSTO Y EL CONSUMO

En casa de mi abuelo siempre había un whisky Johnnie Walker etiqueta roja muy bien custodiado. Lo sacaba para fiestas especiales. Cuando la economía repuntaba, aparecía una botella etiqueta negra, que era tratada con la mayor reverencia; significaba que las

⁸ En *Página Siete*, 19 de diciembre de 2013. Disponible en: <www.paginasiete.bo>. Fecha de consulta: 15 de mayo de 2014.

⁹ Disponible en: <www.radiofides.com>. Fecha de consulta: 15 de mayo de 2014.

cosas iban bien. Él argumentaba la calidad del preciado destilado y afirmaba que era el único alcohol que no hacía daño a la salud. Yo no sabía de la existencia de otras “etiquetas” en Johnnie Walker; fue recientemente que me enteré de la “azul”. Pero hoy, lejos de ser un símbolo de distinción, la bebida escocesa se vende a montones en cualquier supermercado, en sus tres etiquetas. Incluso se lo puede adquirir por Facebook y te lo traen a casa. Y no es que sea barato, sino que ahora mucha gente puede comprarlo. Ciertamente, de acuerdo con el Instituto Boliviano de Comercio Exterior, si el valor de las bebidas alcohólicas importadas (cerveza, whisky, ron y aguardientes de caña) era de más de nueve millones de dólares en 2006, en 2013 llegó a más de 37 millones de dólares, un incremento de más de 300%. Particularmente la importación de whisky creció de más de 950 000 a más de ocho millones de dólares en el mismo periodo.¹⁰

Con los vinos sucedió algo similar pero no en la importación sino en el consumo interno e incluso en la exportación. Cuando mi padre llegó de España a principios de los setenta, trajo el hábito de tocar la guitarra tomando vino con los amigos, pero su única opción era el “vino fino tinto” de la empresa Kohlberg, que en 1963 había empezado su producción de forma todavía artesanal. Durante largos años ése era el único vino que se podía beber regularmente en La Paz. Fue en los años noventa cuando distintas empresas diversificaron el mercado y aparece con fuerza Bodegas y Viñedos de La Concepción S.A. y Campos de Solana. La exquisitez entra en escena. El 2004, La Concepción introduce su sofisticado producto: “Cepas de altura Gran Reserva 1994” con 10 años de añejamiento. Se crea una cultura vitivinícola: se puede escoger en cualquier supermercado entre Syrah, Carbenet Sauvignon, Sauvignon Blanc, Merlot, Chardonnay, etcétera, de distintos años. Los tintos, los blancos y los rosados compiten en olores, sabores, colores y sensaciones. Aparecen los trivarietales, 80% de Carbenet Sauvignon, 15% de Malbec, 5% de Merlot, o las combinaciones más creativas. Si la etiqueta del “vino fino tinto” Kohlbergh de los 70 sólo daba la información básica de la marca y el grado alcohólico, ahora cada botella trae el sofisticado lenguaje pro-

¹⁰ En *Página Siete*, 11 de enero de 2014. Disponible en: <www.paginasiete.bo>. Fecha de consulta: 12 de enero de 2014.

pio del rubro: “color rojo caoba, acorde con el año. Increíblemente intenso y asombroso bouquet a frutas y especias, donde resaltan la zarzamora y la pimienta, con elegantes taninos y toque de vainilla, chocolate y café. En boca, perfectamente equilibrado, aterciopelado, armonioso, complejo y persistente; con un elegante y largo final”¹¹. Acorde con una sociedad jerarquizada, cada vino tiene un público. La Concepción presenta con especial empeño las “cepas de altura”, los “vinos reserva” o la “colección arte”, y deja para “quienes gustan del vino, pero buscan sabores menos complejos y más fáciles de degustar” los “vinos de mesa estirpe”. Cada empresa ofrece iniciativas específicas, por ejemplo, la “colección exclusiva ángeles y arcángeles” de La Concepción, que reproduce obras de artistas coloniales o las botellas que vienen con pinturas de Mamani Mamani.

El Singani tiene una historia aparte. De acuerdo con Esther Aillón, desde el siglo XVIII en las viñas de Potosí se producía destilado de uva moscatel de Alejandría vinculada al consumo colonial y el dinamismo económico de la minería (Aillón, 2009). En los años setenta, el Singani que monopolizaba el mercado era San Pedro, pero también le repercutió el impulso a la industria de los vinos a partir de los noventa. La Concepción —reafirmando la jerarquía de sus productos y consumidores— introdujo el Tarixa de Rujero, Singani “añejado 7 años en roble francés, al estilo de la guarda de los más finos coñac del mundo” que se agotó rápidamente. Además, el “Rujero etiqueta negra”: “máxima expresión del singani boliviano”; “Especial de oro”: “[...] para quienes desean disfrutar de una bebida intensa y combinarla con diversidad de colores, sabores y aromas. El gusto más auténtico del ‘chufly’ o el ‘yungueño’”; y “Mi socio”: “Nuestro singani en sus variedades menos aromáticas...”.¹² La Sociedad Agroindustrial del Valle que elabora el Singani Casa Real, también tiene sus tres etiquetas: negra, roja y azul, además de la colección especial de aniversario por 15 años. Pero lo notable es que fue esta instancia la contactada por el cineasta norteamericano Steven Soderbergh quien, realizando una película sobre el Che en 2007, probó el destilado y

¹¹ Referencia de Sergio Prudencio respecto del Gran Reserva de La Concepción. Tomado de: <www.laconcepcion.bo>. Fecha de consulta: 9 de mayo de 2014.

¹² Disponible en: <www.laconcepcion.bo>. Fecha de consulta: 9 de mayo de 2014.

decidió invertir tiempo, dinero y capital social para exportarlo a Estados Unidos. Creó así el producto Singani 63 —que es el año de su nacimiento— y a partir de 2014 lo comercializó en Nueva York como brandy, con una elegante etiqueta color mostaza y con una chola de espaldas que carga un atado. Hoy el Singani ingresó a Wikipedia, se lo recomienda en *The New York Times* y puede ser comprado en muchas licorerías de Manhattan.

Lo sucedido al whisky, al vino y al singani habla de una notoria mutación tanto de las formas de beber como de las de consumo. Miremos en otra dirección. En 1970 se inauguró la Galería Luz en La Paz, que representaba una nueva forma de hacer compras. Estaba en un lugar estratégico, entre la Plaza Murillo (centro administrativo) y el Prado (espacio recreativo). Era un galpón de dos pisos con un gran patio interno y múltiples tiendas de variedades en los costados. Ahí se instalaron varios comercios de prestigio y productos exclusivos; comprar, mirar y hacerse mirar empezó a convertirse en una práctica regular de los paceños. En los años ochenta aparecieron la Galería Cristal y el Shopping Norte, ambas muy cerca de la Galería Luz, pero ahora eran edificios de cuatro pisos con escaleras mecánicas, tiendas con vitrinas íntegramente de vidrio, marcas exclusivas. En 1988 se construyó el Shopping Sur, en Calacoto, con similar intención. Un periodista entusiasta con el proyecto reflexionaba:

Poco a poco, con esa paciencia que caracteriza el andar del habitante de los Andes, acostumbrado a vencer obstáculos, un buen empresario hizo el mejor regalo a nuestra ciudad, víctima del olvido [...]. El obsequio [...] vino envuelto en una estructura de cemento y vidrio que una vez abierta ofrece al visitante lujo, buen gusto, comodidad e insospechados espacios que parecen transportarnos súbitamente a Nueva York, Caracas o Santiago. Se trata del Shopping Sur [...] (Monje, 1995: 27).

Ninguno de los centros comerciales tuvo el éxito esperado. Las tiendas fueron cambiando, los últimos pisos quedaban vacíos y se convirtieron en oficinas. El Shopping Sur en pocos años se convirtió en un gimnasio.

Curiosamente, no fue en la era de Gonzalo Sánchez de Lozada sino en la de Evo Morales cuando se pudo consolidar la cultura de la

plaza comercial —sueño acariciado por empresarios urbanos desde los setenta— a través de un extraño matrimonio entre empresarios españoles —inicialmente desconfiados del propio Evo—, y el dinamismo de la política económica del presidente indígena. En 2010 se inauguró el Megacenter con salas de cine, patio de comidas con restaurantes para 1 200 personas, tiendas comerciales, supermercado, boliche, gimnasio, salas VIP, cancha de fútbol de salón, pista de paintball, pista de patinaje en hielo, estacionamiento de tres niveles para 450 vehículos y mucho más. La construcción fue en un área de 79 000 metros cuadrados en Irpavi y se invirtieron más de 20 000 de dólares.¹³ Desde mayo del 2010 hasta 2013, el Megacenter recibió anualmente más de 2 millones de visitantes y se vendieron 1.6 millones de entradas de cine.¹⁴

El presidente del consorcio empresarial español, Jordi Chaparro —en un lenguaje que dialogaba con el sueño de periodista que aplaudió al Shopping Sur en los noventa, pero ahora con un añadido colonial—, decía: “Hemos hecho la mayor inversión en toda la historia de Bolivia. Y la obra más importante de La Paz [...]. La Paz es una ciudad grande, y necesitaba una cosa así grande [...]. Queríamos darle a los paceños algo para que antes tenían que ir a Buenos Aires [...]. Era una necesidad vital para el paceño tener un sitio donde encontrar entretenimiento de calidad y en el que se sienta libre” (sic).¹⁵ “Los paceños se lo merecen”, concluía el profético inversor.¹⁶

De ahí en adelante el país entero se alineó en la lógica de los megacentros comerciales; las inversiones en Santa Cruz, Cochabamba y La Paz llegaban en 2014 a 165 millones de dólares, 3 000 tiendas, estacionamiento para 10 000 vehículos, decenas de salas de cine.¹⁷ La cultura del mall que años antes había llegado gloriosa a diferentes

¹³ Disponible en: <<http://www.fmbolivia.net/noticia12605-bolivia-el-megacenter-tendr-bulevar-cancha-y-paintball.html>>. Fecha de consulta: 8 de abril de 2014.

¹⁴ Disponible en: <<http://www.eldeber.com.bo/invierten-us-165-millones-en-siete-shoppings-del-eje-central/130820092724>>. Fecha de consulta: 8 de mayo de 2014.

¹⁵ Disponible en: <<http://www.elmundo.es/america/2010/05/06/noticias/1273179606.html>>. Fecha de consulta: 8 de mayo de 2014.

¹⁶ Disponible en: <<http://www.fmbolivia.net/noticia12605-bolivia-el-megacenter-tendr-bulevar-cancha-y-paintball.html>>. Fecha de consulta: 8 de abril de 2014.

¹⁷ Disponible en: <<http://www.eldeber.com.bo/invierten-us-165-millones-en-siete-shoppings-del-eje-central/130820092724>>. Fecha de consulta: 8 de mayo de 2014.

países de América Latina y que en La Paz fue un fracaso, ahora, finalmente, triunfó.

Algo similar sucedió con los supermercados. En 1980 se abrió el primer super en La Paz en el Gran Centro Club Bolívar, una construcción que prometía tanto como su nombre: el Maxi. Su vida fue corta. La novedad de los carritos, la fruta ordenada, los productos a la vista sin vendedoras ni gritos, las cajas, etcétera, no sedujeron a los consumidores. También por esos años en la calle 10 de la Avenida Ballivián, en Calacoto, estaba el minisuper Gava (GAVA). Pero por su ubicación, era más bien el centro de reunión de la élite estudiantil que salía del colegio más norteamericano de La Paz —American Cooperative School ACS Calvert— cuyas instalaciones estaban a unas cuadras. Creo que sólo una vez entré a mirar —no a comprar— a la tienda, y me encontré con productos caros que circulaban en Estados Unidos.

El boom de los supermercados llegó con Evo y se convirtió en una de las formas expandidas del consumo cotidiano en la urbe. Para mediados de la segunda década del siglo XXI La Paz tenía más de 20 supermercados de distintas dimensiones y cadenas, casi la mitad en la zona sur. Entre 2006 y 2013 el incremento del valor de las ventas y facturaciones en supermercados creció 342%, llegando a 438 millones de dólares.¹⁸ Un ejemplo sintomático es Ketal Hipermarcados, que inicia actividades en 1986 importando artículos de limpieza, cosméticos y comestibles, sólo con un pequeño local alquilado en la calle 21 de Calacoto, y termina siendo una de las cadenas más importantes en su rubro con diez sucursales repartidas en distintas zonas de la ciudad. Esta empresa, cuya misión es “hacer la vida más fácil a nuestros clientes”, recibe diariamente 40 000 personas y realiza 17 000 transacciones por día. Su base de datos de clientes registrados es de 123 000 personas.¹⁹ Los productos que se ofrecen —de un catálogo de 40 000— son de lo más variado, desde verduras y frutas, hasta, por ejemplo, una línea de importación de productos ingleses congelados que pueden ser arroz con langostino

¹⁸ Disponible en: <http://www.la-razon.com/economia/Facturacion-supermercados-llego-triplicar-anos_0_2040995965.html>. Fecha de consulta: 8 de mayo de 2014.

¹⁹ Disponible en: <http://www.la-razon.com/economia/Facturacion-supermercados-llego-triplicar-anos_0_2040995965.html>. Fecha de consulta: 8 de mayo de 2014.

y salsa de curri, tarta de manzana verde congelada lista para hornear, eclaire congelados rellenos con crema, etcétera.

Parte de este círculo se cierra con el incremento de la afición de los paceños a comer en restaurantes, ya no sólo el domingo, como era tradicional. A principios de 2014, incluso el ministro de Economía Luis Arce tomaba la palabra para lucir lo logrado: “Los restaurantes están ganando bien porque la gente está consumiendo”, decía el funcionario en referencia al incremento de la facturación de 67 a 416 millones de dólares en el periodo de 2005 a 2013. Hoy —a diferencia de la vieja práctica clasemediera de leer el menú de derecha a izquierda para hacer coincidir el gusto con la billetera—, la familia “pide su plato favorito y después el papá o la mamá solicitan la cuenta sin ver los precios”, concluía el ministro.²⁰

Es fácil dar cuenta de la diversidad y sofisticación de los restaurantes con un simple recorrido por la ciudad. El paceño medio tiene relativo fácil acceso a comida local, china, norteamericana, francesa, peruana y las fusiones más extravagantes. Particular referencia amerita Gustu, restaurante del chef danés Claus Meyer, considerado el mejor del mundo. Quizás lo más novedoso de Meyer fue que no aplicó el modelo Burger King de venta de su hamburguesa en todos los lugares del planeta con fines estrictamente comerciales, sino que buscó, por un lado, crear una escuela de jóvenes chefs bolivianos y, por otro, aprovechar la biodiversidad local en búsqueda de nuevos experimentos (un auténtico laboratorio). En suma, busca contribuir a formar una nueva cultura gastronómica boliviana que dé como resultado “progreso socio-económico, así como una fuente de unidad, igualdad y orgullo”. En su página web, Gustu reproduce —en el país de las manifestaciones— su propio “manifiesto de la nueva cocina boliviana”, que incluye desde prácticas culturales hasta posturas filosóficas, políticas y económicas. En sus platos de fondo se encuentran combinaciones no comunes, como cordero con chuño y arándanos, o llama con miel de abeja.²¹ Con la apertura del restaurante Gustu, La Paz fue mencionada en los editoriales culinarios del New York Times, The Guardian y El Comercio del Perú.

²⁰ Disponible en: <www.la-razon.com>. Fecha de consulta: 12 de enero de 2014.

²¹ Disponible en: <www.restaurantgustu.com>. Fecha de consulta: 8 de mayo de 2014.

En un sentido complementario, pero como parte del mismo proceso, está el caso del uso de la quinua. Recordemos en la película *Chuquiago* cuando Isico, el niño aymara, deambula por la ciudad, unas solidarias vendedoras le ofrecen un plato de quinua. Es la comida del pobre, del más pobre. Pero estamos lejos de aquellos años. Hoy el “grano de oro de los Andes” es exportado a muchos lugares del mundo —superando las posibilidades internas de producción—, lo que condujo a la creación de una Cámara Boliviana de Exportadores de Quínoa y Productos Orgánicos. En Nueva York se la comercializa en su versión negra, roja, blanca o tricolor como “grano de los antiguos Incas que sigue siendo la principal fuente de alimentación de los indígenas quechuas de los Andes de América del Sur”, y se destacan sus altos valores nutritivos (incluso libre de gluten). Hay quinua all’ italiana, con vegetales, con limón y hierbas, con mostaza. Se la puede cocer hirviéndola en agua o en micro ondas, la cosa es que estará lista en menos de quince minutos. No deja de llamar la atención que una de las empresas que la venden se llame “Granos urbanos” y muestre edificios en su diseño comercial. Claro, hoy para encontrar una receta de cómo cocinarla es suficiente meterse a internet y aparecerán varias en inglés. En esta ciudad, la quinua comparte el estante con la “kañiwa”, que se pronuncia, dice el anuncio, “ka-nyi-wa”, y que en Bolivia la conocemos como kañawa. Pero no es el “pito de kañawa” que comíamos de niños, que venía en una pequeña bolsita de colores y con el que era común atorarse, sino el grano para ser consumido como acompañamiento de plato de fondo. Para encontrar una receta, el camino equivocado es preguntar a las abuelas cómo lo usaban —sólo saben hacer “pito de kañawa”—; nuevamente es el internet quien dará una respuesta. Claro, en inglés.

ZONA SUR. UNA NUEVA PARTIDA

En el año 2009 Juan Carlos Valdivia entrega una nueva película, *Zona Sur*, que sería un quiebre con lo que hasta entonces había hecho, y una agenda de su recorrido personal y su relación con el país, que más adelante cristalizaría en su siguiente filme, *Yvy Marae*. *Tierra sin mal* (2013). Es una historia intimista, autobiográfica, casi

una narración etnográfica de su propio medio. Por eso mismo se desarrolla básicamente en una casa de la zona sur, con cinco personajes principales: Carola, madre de tres hijos, divorciada, empresaria y sostén económico de la familia; Bernarda, la hija mayor, estudiante de la UMSA, lesbiana; Patricio, el hijo que estudia Derecho en una universidad privada, quiere hacer un posgrado en el extranjero y volver para “ser el mejor abogado de este país”; Luis, un niño que pasa mucho tiempo en casa haciendo las preguntas indispensables, y Wilson, el empleado doméstico.

Un momento cúlpe de la historia es cuando Carola, a pesar de su elevada posición social, atraviesa por dificultades económicas y su ahijada Nancy —que es chola— la visita para hacerle una tentadora proposición. Le dice:

—Hemos venido a hacerle una oferta, queremos comprarle su casa. ¿Cuánto quiere mamita?

—Mi casa no está en venta.

—Le vamos a pagar en efectivo, es una gran oportunidad. Con lo que le dé comadre, puede comprarse un penhouse, hacerse una casita en el terreno que tiene en Huajchilla y aprovechar para mandar a los muchachos a estudiar afuera. Como usted bien sabe, está muy dura la situación.

—Pero ¿para qué quiere esta casa?

—Quiero construir departamentos comadre. Como usted sabe, mi familia es numerosa, quiero vivir con todos ellos [...]. He traído comadrita, 250 000 he traído.

Nancy le muestra los dólares dentro de un maletín envuelto con un aguayo, y tras la dubitación de Carola, le ofrece 20 000 dólares más.

Si la historia de Valdivia parece anecdótica y casi caricatural, lo cierto es que se queda chica frente a la realidad de los intercambios sociales y económicos de los últimos años en Bolivia. Dos años antes del estreno de esta película falleció un tío mío por un accidente automovilístico; su costosa casa ubicada en Calacoto se puso a la venta. El precio superaba el medio millón de dólares. Apareció un primer interesado que tenía todos los rasgos de la clase popular emergente en la ciudad de La Paz. La negociación fue concretándose hasta llegar a un primer acuerdo, pero el problema era que cada vez

que se establecía un precio, él quería incorporar un bien más a la compra por la misma cantidad de dinero. Cuando vio la calidad de las lámparas, quiso adquirirlas, lo propio con los muebles, los cuadros, los espejos y todo lo que mi tío había adquirido en el transcurso de los años para su vida diaria. En suma, buscaba no sólo el inmueble sino el glamour de clase que lo acompañaba.

En lo que se resolvía el negocio, apareció una nueva interesada. Se acercó a la joyería de mi tío —llegó en un BMW— y preguntó respecto de la casa en venta. Cuando se le informó que ya no era posible por lo avanzado de la negociación con el otro comprador, se quedó callada. Ella era joven, originaria del sur del país, también con rasgos populares. Empezó a pasear por la joyería, preguntó el costo de una pulsera, cuando se le dijo el precio (2000 dólares) sacó la billetera y la adquirió. Volvió al primer mostrador y planteó nuevamente la pregunta: ¿tiene una casa en venta?

El mensaje fue claramente recibido. Entraron a una oficina privada y empezó la negociación. Ofreció comprar la casa pagando en efectivo más de su precio inicial y cubriendo los costos que implicaría dar pasos atrás con el primer comprador. El trato se cerró. A la semana llegó en el mismo BMW con un maletín repleto de dinero. Los herederos, nerviosos por tanta plata en efectivo, tuvieron que llamar al banco para que enviaran un auto blindado. Se fueron a la bóveda del banco a contar peso sobre peso y depositarlo en la cuenta. La mujer no recibió en ese momento la llave, sólo un papel que especificaba la transacción. Tuvieron que pasar varios días para que los trámites se arreglaran formalmente con mediación de notarios y abogados.

Años más tarde, un pariente falleció luego de más de ochenta años de vida. La cantidad de dinero que había acumulado fue considerable; su casa en Calacoto estaba valuada en más de 600 000 dólares. Era miembro del Club de Tenis de La Paz, donde tenía amigos con quienes compartía los fines de semana. Por múltiples razones su partida fue muy discreta, sin anuncios en el periódico ni grandes eventos, sólo se enteraron algunos familiares y amigos.

Al día siguiente de su muerte, una persona —también miembro del Club de Tenis—, llamó muy respetuosamente a uno de los herederos, le preguntó respecto de la casa de su padre y se mostró interesado en adquirirla. Le dijo que quería construir un edificio,

por lo que tenía que solicitar un crédito al banco —evidentemente se lo iban a dar porque todos eran sus amigos—, lo que podría tomar unas semanas.

Los herederos pusieron un aviso en el periódico anunciando la venta de la casa para escuchar más opciones. Apareció un comprador que les ofreció más de lo que estaban pidiendo, pero solicitó unos días para reunir el capital. Era fin de año y tenía que vender algunas mercaderías. Su ocupación principal era comerciante de telas y su tienda estaba en la Uyustus. La casa le gustaba porque tenía dos características importantes: por un lado, era muy amplia y cómoda tanto para vivir como para guardar mercancías, y, por otro lado, estaba muy bien ubicada. El día de la visita al inmueble fue particularmente interesante. El abuelo de unos 60 años —el comprador formal— tenía aspecto rural en su vestimenta, rasgos étnicos y forma de hablar. La hija, que rondaba los 40, ya manifestaba una cultura urbana. Y el nieto de 20 —estudiante de la Universidad Católica Boliviana— traía el pelo teñido, la piel más clara, manos finas que jamás cosecharon una papa. Aunque la compra no llegó a concretarse, lo destacable era notar el tipo de movimiento económico y social de esta época donde los capitales y los estilos empiezan a mostrarse de otra manera.

Pero volvamos a la película Zona Sur, ahora dejando volar la fantasía sociológica. Me preguntaba en el inicio de este capítulo sobre cuál sería el destino de los personajes de Chuquiago de los años setenta, unas décadas más tarde en la misma ciudad. Supongamos que la joven y linda Patricia, exestudiante de universidad pública, ahora es Carola. Tuvo tres hijos, se divorció, heredó la empresa del padre llamada Cáceres y Compañía Importadores y sigue manteniendo una buena situación, pero tiene que batallar para lograr la estabilidad familiar. De sus años de juventud revolucionaria le quedó una buena relación con su servidumbre, a la que trata con respeto, cariño y hasta confianza. En una conversación con su empleada le pregunta si su marido le ha pegado, y, tomándole de la mano, abre un espacio de intercambio “de mujer a mujer” sobre ese tema.

La hija de Carola, Bernarda, es el espejo de su pasado: transgresora, lesbiana, estudia en la UMSA, reniega de su clase: “yo no soporto esta casa”, y de su madre: “no quiero ser como vos”. Si la madre de Patricia

en Chuquiago desconfiaba de la familia de su novio izquierdista, ahora Carola en Zona Sur no cuestiona la opción sexual de Erika, la enamorada de Bernarda, sino su condición sociocultural: “si te empeñas en tener así, por lo menos que sea de nuestra clase, como nosotros [...]. Es una birlocha”. Bernarda y Patricia se enfrentan con sus madres cuando son jóvenes; Patricia termina prisionera de su clase y reproduce el rol de su propia madre, ahora en voz de Carola, y Bernarda tiene la sentencia de su novia que le dice: “eres igual que tu vieja, jailona [...]. Ándate acostumbrando, futura Carola”.

El devenir de Isico en el filme de Eguino es poco claro y no se termina de resolver en el de Valdivia. De hecho, son varias las interpretaciones sobre el desarrollo de la vida del migrante campesino en la ciudad, desde la poética marginalidad que escribía Sáenz cuando hablaba de la “irrupción del indio [...] que en la ciudad se volvió apapita” (Sáenz, 1968: 8), hasta el personaje de Teodoro Quispe que en la canción *Chenk'o total* de Manuel Monroy se integra exitosamente a la vida urbana. También en Zona Sur hay una ambivalencia: Isico podría ser dos personajes, a veces Wilson, que ya no piensa volver al campo porque “ya nada tengo en mi pueblo, mis surcos se los han dado a otro comunario ya”, hasta don Jerónimo —personaje secundario que sólo aparece una vez en el filme—, que de niño quería ser soldadito pero ahora “campesino no más soy, pero tengo ovejitas, terrenos, de todo tengo” y vende quesos y papa en las puertas de las casas de la ciudad.

Pero quizás el mejor puente analítico se puede construir con Johnny de Chuquiago, devenido en Wilson en Zona Sur. Johnny es hijo de madre chola y padre albañil, con el que discute crudamente. “No quiero ser tara”, es su grito de guerra, “quiero ascender, tal vez ir al extranjero, casarme con una chica linda del sur”. Pero sus sueños no se realizan, o al menos no del todo. Se convierte en Wilson, un refinado sirviente que prepara la comida como “chef”, escoge el vino, maneja un auto lujoso en el que hace las compras, acomoda la mesa y los cubiertos como corresponde para una familia que cuida la etiqueta. Incluso comparte la intimidad con su empleadora, la señora Carola, a quien le pasa, sin ningún erotismo, los vestidos cuando está en ropa interior, le escoge la cartera, le abrocha los botones de

la blusa, le cuelga los collares. Carola admite que Wilson sea como su esposo, con quien se quedará a vivir cuando ambos envejezcan.

En un episodio de Chuquiago, Johnny está mirándose en el espejo fantaseando que invita a una chica al cine y luego a bailar. Se arregla, se peina, se mira y sale en busca de su vuelo. Pero no llega lejos, o llega a medias. En Zona Sur, Wilson sale de la ducha con una elegante toalla en la cabeza y una bata blanca. Se mira en el espejo, se pone crema, está en el baño del tipo de mujer que Johnny hubiera querido conquistar, pero es el empleado abusando de sus pertenencias y su confianza. Sus sueños no se cumplieron del todo.

En la última escena de Chuquiago aparece Patricia en su auto y por la ventana ve que pasa Isico, con quien sólo intercambia miradas. En el final de Zona Sur está toda la familia comiendo en el jardín de la casa en la misma mesa, usando una vajilla de fina cerámica de barro. Carola en la cabecera, Wilson al frente.

Son tiempos de cambio, pero no queda claro en qué dirección.

BIBLIOGRAFÍA

ALBÓ, Xavier, Tomás Greaves, Godofredo Sandoval (1981). “Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. I El paso a la ciudad”. *Cuadernos de Investigación* CIPCA 20, La Paz.

ALBÓ, Xavier, Tomás Greaves, Godofredo Sandoval (1982). “Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. II. Una odisea: buscar ‘pega’”. *Cuadernos de Investigación* CIPCA 22, La Paz.

ALBÓ, Xavier, Tomás Greaves, Godofredo Sandoval (1983). “Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. III. Cabalgando entre dos mundos”. *Cuaderno de Investigación* CIPCA 24, La Paz.

ALBÓ, Xavier, Tomás Greaves, Godofredo Sandoval (1987). “Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. IV. Nuevos lazos con el campo”. *Cuadernos de Investigación* CIPCA 29: La Paz.

AILLÓN, Esther (2009). *Vida, pasión y negocios. El propietario de la Villa “San Pedro Mártir” Indalecio González de Socasa (1755-*

- 1820). Sucre: Ed. Fundación Cultural Banco Central de Bolivia y Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia.
- AILLON, Soria y María Kirigin (2014). *San Pedro: testigo de los tiempos. Por la ruta del singani en Bolivia. Siglos XVI al XXI*. La Paz: Ed. Sociedad Agrícola Ganadera Industrial de Cinti, Archivo Nacional de Bolivia, Fundación Cultural del Banco Central.
- ARCHONDO, Rafael (1991). *Compadres al micrófono. La resurrección metropolitana del ayllu*. La Paz: Ed. Hisbol.
- ARGUEDAS, José María (2008). "La ciudad de La Paz". *Jiwaki*. Revista Municipal de Culturas 13: 6.
- BARRAGÁN, Rossana (2009). "Organización del trabajo y representaciones de clase y etnicidad en el comercio callejero de la ciudad de La Paz". En *Estudios urbanos en la encrucijada de la interdisciplinaridad*, coordinado por Fernanda Wanderley, 207-242. La Paz: Ed. CIDES-UMSA.
- BARRAGÁN, Rossana (1990). *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el Siglo XIX*. La Paz: Ed. Hisbol.0
- BEDREGAL VILLANUEVA, Juan Francisco (2009). *Arqueología de los imaginarios urbanos de la modernidad en la ciudad de La Paz*. La Paz: Ed. Edobol.
- BLANCO, Carlos y Godofredo Sandoval (1993). *La alcaldía de La Paz: 1885-1993. Entre populistas, modernistas y culturalistas*. La Paz: Ed. ILDIS-IDIS.
- CUADROS, Álvaro (2002). *La Paz*. La Paz: Facultad de Arquitectura, UMSA, Colegio Departamental de Arquitectos.
- GOBIERNO MUNICIPAL DE LA PAZ (2010). *La Paz: 10 años en cifras, 2000-2009*. Compendio estadístico del Bicentenario. La Paz: Ed. Gobierno Municipal de La Paz.
- MAYORGA, Fernando (1991). *Max Fernández, la política del silencio. Emergencia y consolidación de Unidad Cívica Solidaridad*. La Paz: Ed. ILDIS.

HUGO JOSÉ SUÁREZ

MONJE, Guillermo (1995). *La Paz*. Visión de un periodista. La Paz: Ed. Khana Cruz.

SÁENZ, Jaime (1968). “El aparapita de La Paz”. *Mundo Nuevo* 26-27 (agosto-septiembre). Buenos Aires. Disponible en: <http://www.periodicas.edu.uy/o/Mundo_Nuevo/pdfs/Mundo_Nuevo_26-27_ago-set_1968.pdf>. Fecha de consulta: 9 de mayo de 2014.

TASSI, Medeiros y Ferrufino Rodríguez (2013). “Hacer plata sin plata”. *El desborde de los comerciantes populares en Bolivia*. La Paz: Ed. PIEB.

TORANZO, Carlos (1993). “Burguesía ‘chola’, una sorpresa de la sociología boliviana”. En *Bolivia en la hora de su modernización*, coordinado por Mario Miranda Pacheco, 285-302. México: Ed. UNAM.

VILLAGÓMEZ PAREDES, Carlos (2004). *La Paz ha muerto*. La Paz: Ed. Colegio departamental de arquitectos de La Paz y Plural.

FILMOGRAFÍA

Chuquiago. Director: Antonio Eguino. Bolivia, 1977.

Zona Sur. Director: Juan Carlos Valdivia. Bolivia, 2009.

Yvy Maraey. Tierra sin mal. Director: Juan Carlos Valdivia. Bolivia, 2013.